

TEMA 4.

Desarrollo de la Personalidad

Curso: Desarrollo Psicológico y Aprendizaje

Texto elaborado por I. Sánchez-Queija, I. Orjales, A. Brioso, B. Delgado y G. Sampascual, para el Máster de Educación Secundaria de la UNED.

Basado en los textos:

Sánchez-Queija, I. y Delgado, B. (en prensa). Desarrollo social y de la personalidad en la adolescencia. En J. García Madruga y J. Delval (Eds). Psicología del Desarrollo. Madrid: Uned.

Sierra, P y Brioso, A. (2006). El desarrollo socioafectivo del adolescente: la búsqueda de una identidad. En P. Sierra y A. Brioso (Eds). Psicología del Desarrollo. Madrid: Sanz y Torres





CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	4
1. AUTOCONCEPTO Y AUTOESTIMA.....	5
1.1. Autoconcepto	8
1.2. La autoestima	15
2. LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD DURANTE LA ADOLESCENCIA.....	20
2.1. Teorías sobre el desarrollo de la identidad	21
2.1.1. Modelo de cambio individual: la teoría de Erikson	21
2.1.2. Los estatus de identidad: James Marcia	25
2.2. Los modos de identidad: Augusto Blasi	27
2.3. ¿Cómo se ven los adolescentes a sí mismos?	29
Referencias.....	33

TABLA DE ILUSTRACIONES Y CUADROS

Ilustración 1. Ejemplos de ítems del cuestionario de Autoconcepto de harter ...	6
Ilustración 2. Relación entre autoconcepto y autoestima según Harter y Rosenberg.....	7
Ilustración 3. Erik Erikson	21
Cuadro 1 Ejemplos de Autoconcepto (adaptado de Palacios, 1999).....	9
Cuadro 2. Etapas del desarrollo según Erikson (1980)	24
Cuadro 3. Estatus de Identidad (J. Marcia, 1966)	26
Cuadro 4. Motivos de felicidad (adaptado de Injuve, 2004).....	30

INTRODUCCIÓN

Tal y como hemos visto en los temas anteriores, la adolescencia es un momento de importantes cambios físicos, cognitivos y sociales (que veremos en el tema siguiente). Todos estos cambios no pueden pasar desapercibidos en la construcción de la personalidad de los chicos y las chicas, es decir, en la definición de sí mismos, la idea que tienen de su valía personal y de quiénes son y qué papel van a ejercer en la sociedad que les ha tocado vivir. Todos estos son elementos de lo que en psicología se ha denominado el “yo” o la personalidad de los individuos. A lo largo de este tema conoceremos los cambios que se producen en la forma en que los adolescentes se definen a sí mismos, es decir, qué cambia y qué permanece constante en su **autoconcepto**. También cómo valoran su propio yo, qué percepción tienen de su valía como persona. A pesar de existir diferentes marcos teóricos que engloban este hecho (autovalía, autoeficacia, autoestima), en este capítulo vamos a englobar los resultados más significativos bajo el epígrafe de la **autoestima**. Finalmente, el adolescente debe definirse en sociedad, ocupar un rol en la misma, decantarse ideológicamente, adoptar posiciones religiosas, etc. Todo ello, se recoge bajo el epígrafe de la **formación de la identidad**. Los estudios que analizan la evolución de la personalidad desde la mediana infancia hasta la adultez, recogen algunos cambios en la misma durante la etapa de la adolescencia, pero una vez pasada esta etapa y llegados a la adultez, la estabilidad primará sobre el cambio incluso, aunque la percepción de los propios adultos sea de haber cambiado considerablemente, los datos longitudinales muestran que existe estabilidad en la personalidad durante la adultez (Woodruff, 1983)

1. AUTOCONCEPTO Y AUTOESTIMA

La adolescencia es una etapa de la vida en la que convergen cambios de extraordinario interés para el individuo. Así, a los conocidos cambios puberales (tema 1), se suman nuevas experiencias y roles sociales (Tema 5) y la emergencia, también en esta etapa, de importantes capacidades cognitivas cuyo distinto ritmo de desarrollo ocasionará ciertas distorsiones y baches en la forma de conciliar todos estos aspectos (temas 2 y 3). En los siguientes párrafos describiremos la evolución de estos elementos en relación a un asunto de especial importancia: la consolidación del autoconcepto y la sensación de estima o ausencia de la misma del adolescente.

En la actualidad, una de las personas que más ha investigado sobre ambos temas es Susan Harter quien define el **autoconcepto** como la representación que el individuo construye de sí mismo tras considerar y evaluar su competencia en diferentes ámbitos (p.ej. habilidades interpersonales, rendimiento escolar, laboral, deportivo, apariencia física, etc.). Por su naturaleza, esta representación conjuga aspectos sociales, relacionados fundamentalmente con la comparación con los demás, y aspectos cognitivos vinculados a las diferentes posibilidades de diferenciación e integración de la información sobre el Yo. En la ilustración 1 mostramos algunos ítems de ejemplo del cuestionario de Harter sobre la definición del yo o autoconcepto.

ILUSTRACIÓN 1. EJEMPLOS DE ÍTEMS DEL CUESTIONARIO DE AUTOCONCEPTO DE HARTER¹

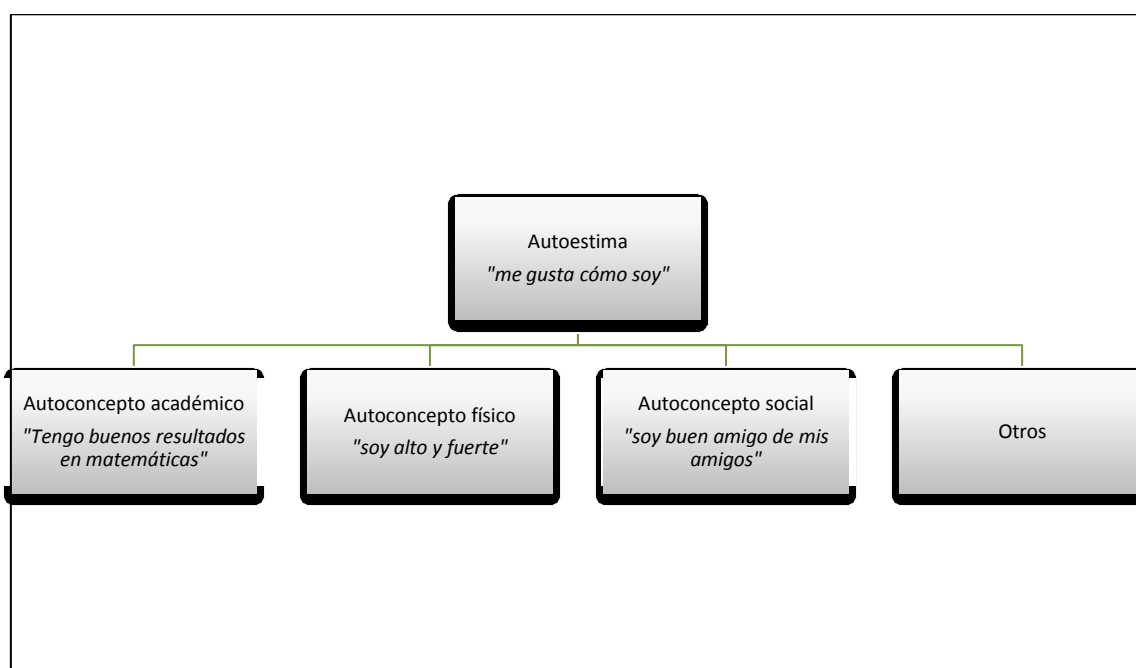
Realmente como yo	Parcialmente como yo				Parcialmente como yo	Realmente como yo
☐	☐	Algunos jóvenes se sienten tan inteligentes como la gente de su edad	SIN EMBARGO	Otros no están tan seguros y se preguntan si son tan inteligentes como la gente de su misma edad.	☐	☐
☐	☐	Algunos jóvenes encuentran difícil hacer nuevos amigo/as	SIN EMBARGO	Para otros jóvenes es bastante fácil hacer nuevos amigo/as.	☐	☐
☐	☐	Algunos jóvenes son muy bueno/as haciendo todo tipo de deportes	SIN EMBARGO	Otros jóvenes creen que no son bueno/as cuando se trata de deporte.	☐	☐
☐	☐	Algunos jóvenes no están contento/as con su aspecto físico	SIN EMBARGO	Otros jóvenes están contento/as con su aspecto físico.	☐	☐

Parejo a la evolución del autoconcepto se desarrolla en el individuo su sentimiento de **autoestima**. Harter define esta noción como una valoración global (no sólo cognitiva sino predominantemente emocional) de todos los atributos incluidos en el autoconcepto. Anímicamente, esta evaluación se traduce en un sentimiento general que oscila entre la estima y el desprecio por los rasgos del Yo (p.ej. “creo que soy una persona que merece la pena”; “me gusta mucho mi forma de ser”; “me aborrezco”; “no valgo nada”). Esta valoración de la personalidad emerge de forma explícita en la

¹ Traducción al castellano de Atienza, Balaguer y Moreno (2002) del Perfil de Autopercepciones para Niños –SPPC- creado por Harter (1985)

segunda infancia -entre los siete y los doce años- y, como puede intuirse, tiene mucho en común con los rasgos incluidos y valorados en el autoconcepto (Harter, 1990).

ILUSTRACIÓN 2. RELACIÓN ENTRE AUTOCONCEPTO Y AUTOESTIMA SEGÚN HARTER Y ROSENBERG



Como se refleja en la ilustración 2 la autoestima es un concepto unidimensional y el autoconcepto multidimensional, esto implica que el autoconcepto difiere en función del ámbito de desarrollo del individuo mientras que la autoestima es una valoración global.

A continuación, veremos cómo estos dos términos, tan íntimamente relacionados, y con tan evidentes implicaciones para el bienestar del individuo, sufren transformaciones muy significativas durante la adolescencia merced a los cambios sociales y madurativos que tienen lugar en esta etapa.

1.1. AUTOCONCEPTO

Como decíamos al inicio de este capítulo, el autoconcepto es una representación que el individuo construye de sí mismo tras considerar y evaluar su competencia en diferentes ámbitos. En los adultos esta representación mental tiende a alcanzar la estructura de una teoría compleja y bien articulada sobre quién es uno mismo. Por ejemplo, un adulto sería capaz de definirse a sí mismo del siguiente modo: “Soy una persona sociable al tiempo que tímida. Con mis amigos soy el rey de la fiesta pero necesito conocer a las personas para animarme, así que a veces, resulto un tanto antisocial”. La construcción de esa idea de uno mismo, el autoconcepto, deberá cumplir una serie de requisitos formales como ser internamente consistente o permitir predicciones fiables sobre la conducta. Sin embargo, para llegar a esta abstracción tan compleja de uno mismo, es necesario que se cumplan una serie de requisitos y se den una serie de aprendizajes. La adolescencia es un momento fundamental para ello. A continuación describiremos qué cambios sufre el autoconcepto a lo largo de la adolescencia hasta llegar a la teoría compleja y articulada que supone en los adultos.

Desde el punto de vista cognitivo, la construcción del autoconcepto está íntimamente ligada al desarrollo de las capacidades relacionadas con la lógica formal (temas 2 y 3, Teoría de Piaget). La habilidad de análisis que permite a los adolescentes diferenciar los distintos rasgos de su personalidad parece surgir antes que la habilidad para coordinarlos en una estructura superior, más abstracta y explicativa. De hecho, y en virtud de estos desequilibrios, en la adolescencia suelen diferenciarse tres etapas marcadas por cambios cualitativos en la estructura del autoconcepto.

En la llamada **adolescencia inicial**, entre los 11 y los 13 años, se revela un significativo aumento de abstracciones en la definición del Yo. Frente a descripciones propias de etapas anteriores (“soy rubio”, “soy alto”, “tengo una bicicleta”, etc.) se observa un incremento notable de referencias a atributos personales e intangibles (ver ejemplos en Cuadro 1). Este avance sucede porque el adolescente puede integrar los rasgos más concretos de su personalidad en atributos más amplios y generales (p.ej. un adolescente con altas dosis de creatividad y un alto rendimiento académico, puede atribuirse el calificativo más genérico de inteligente o avisado). A esta edad, los autoinformes también reflejan una notable proliferación de roles y nuevas experiencias y un aumento de las comparaciones con los otros, lo que se señala en un incremento de referencias a sus cualidades interpersonales (p.ej. popular, atractivo, inhibido, amistoso, competitivo, sensible, etc...).

CUADRO 1 EJEMPLOS DE AUTOCONCEPTO (ADAPTADO DE PALACIOS, 1999)

Adolescencia inicial (11-14 años)
“Soy tímido, me corto con los adultos pero también con mis compañeros”
“En mi casa se me ocurren muchas cosas divertidas, pero con mis amigos no”
Adolescencia media (15-17 años)
“Soy muy inteligente para unas cosas, pero no para otras”
“No entiendo cómo me llevo tan bien con mis compañeros y tan mal con mis hermanas”
Adolescencia tardía/adulthood emergente (18 - 21 años)
“Soy una chica flexible: seria y formal para trabajar, pero jaranera para divertirme”
“Me interesan muchas cosas, pero soy algo indeciso”

Estas definiciones son consecuencia del giro hacia la intimidad, la abstracción, la diferenciación de los roles desempeñados y la mayor importancia a la opinión de los demás que aparece en la adolescencia. Tales cambios en la representación del Yo están asociados a ciertas limitaciones que, según los casos, actúan a favor o en contra del bienestar del adolescente. Por ejemplo, el uso de generalizaciones no está exento de riesgos. Lógicamente, a medida que se asciende en el nivel de abstracción, las generalizaciones son más difíciles de contrastar, por tanto, si se producen distorsiones o sesgos sobre la personalidad éstos serán más difíciles de refutar o rechazar. Así, por ejemplo, una adolescente que se considere “un desastre” a sí misma, tendrá menos oportunidades durante esta época de rechazar esta afirmación porque “un desastre” no se traduce en conductas concretas que pueda combatir, analizar o refutar. Se traduce en una sensación generalizada de estar a disgusto con uno mismo, difícil de afrontar. En otros casos, sin embargo, esta misma dificultad puede suponer un colchón para la autoestima de los adolescentes. Fischer (1980), apuntaba que al inicio de la adolescencia el individuo se encuentra en el **nivel de las abstracciones simples**, lo que significa que aún no puede comparar abstracciones entre sí y, por tanto, no puede relacionar los diferentes aspectos de su Yo. Harter y sus colaboradores (Harter, Bresnick, Bouchey y Whitesell, 1997; Harter y Monsour, 1992) investigaron este fenómeno enfrentando a grupos de adolescentes jóvenes con las posibles contradicciones de su personalidad (p.ej. ser muy extrovertidos con los amigos pero muy torpes e inhibidos en las relaciones con extraños), y observaron que las respuestas de los entrevistados reflejaban la ausencia de comparación e integración pronosticada por Fischer. Las respuestas reflejaban una justificación del comportamiento sin llegar a cuestionarse el porqué (p.ej. “es normal que en cada contexto sea de una manera”; “todo el mundo cambia”; “según sea la situación me

comporto de una u otra manera, es lo normal”). Esta limitación cognitiva, que parece alejar y proteger al adolescente de las posibles incongruencias de su carácter, cambia drásticamente a medida que se avanza en la adolescencia.

En la llamada **adolescencia media**, aproximadamente entre los 14 y los 15 años de edad, los relatos sobre la personalidad revelan un severo conflicto ante las inconsistencias del Yo. No en vano, en este periodo recoge el concepto de *crisis de identidad y de moratoria* a los que aluden Erikson o Marcia (explicado más adelante, en este mismo capítulo). Según Fischer (1980), el cambio en la representación del Yo se relaciona con la incipiente posibilidad de comparar las abstracciones antes parceladas, un avance intelectual que permitirá al adolescente detectar las contradicciones en el seno del Yo.

La posibilidad de comparar los distintos roles y atributos del Yo deja al descubierto los opuestos de la personalidad (p.ej. ser desenfadado con los amigos pero muy inhibido en las relaciones románticas; ser amistoso con los amigos pero arisco con los padres; ser responsable y prudente en el trabajo pero temerario en el ocio, etc...) y la apreciación de estos contrastes motiva en los adolescentes cierto sentimiento de falsedad y caos en relación a su identidad. No en vano, la pregunta que atormenta a muchos de estos adolescentes es cuál es su verdadero Yo. Se preguntan “en realidad, yo qué soy ¿maduro o inmaduro?, ¿buena persona o mala persona?, ¿valido o un inepto?”. Sin embargo, desde una perspectiva normativa, el adolescente aún no está capacitado para resolver este dilema.

Esta situación de desestructuración y conflicto sobre la identidad hace que se agudice la preocupación del adolescente por la opinión de los demás. Sin embargo, esta preocupación a menudo complica más las dudas sobre su personalidad, ya que los

diferentes colectivos (padres, profesores, compañeros, etc...) suelen tener ideas diferentes, por ejemplo, sobre su grado de madurez. Además, la retroalimentación social se agrava la sensación de incertidumbre del adolescente cuando éste advierte que nunca será posible determinar con exactitud qué piensan los demás.

Por otro lado, el avance en la mayor capacidad de introspección y, la mayor habilidad para ponerse en el lugar y entender la perspectiva de los otros, puede jugar malas pasadas a los adolescentes. Elkind (1967) identificó dos fenómenos propios de esta etapa a los que calificó como *audiencia imaginaria* y *fabula personal*. El primero de ellos se refiere a la creencia adolescente de que todo el mundo está centrado y preocupado por lo que él hace o piensa, como si viviera en un Gran Hermano permanente (p. ej. “todo el mundo mira mi forma de vestir”, “qué vergüenza, me he tropezado un poco en la calle y todo el mundo ha pensado que soy torpe (aunque nadie haya visto el pequeño tropezón)”). A la inversa, la “fabula personal”, alude a la creencia de que las experiencias y preocupaciones propias son absolutamente únicas, sin que jamás alguien haya tenido pensamientos o sentimientos similares (p. ej. “qué sabrán mis padres sobre lo que me pasa”, “nadie puede sentir algo tan fuerte como lo que yo siento hacia Lucía”, “si tú tienes granos pero no como los míos, ¡no vayas a comparar!”). Se trata por tanto de dos fenómenos antagónicos que expresan, respectivamente, una falta y una excesiva diferenciación entre lo que uno piensa y lo que piensan los demás. La expresión más grave de estos fenómenos tiene que ver con la fábula personal y la idea de ser único que se expresa en oraciones del tipo: “los accidentes los tienen los demás, yo no, porque yo sí que controlo” y que es uno de los factores que, a pesar de las campañas informativas, explican los embarazos

adolescentes y que la principal causa de muerte de los jóvenes sean los accidentes de tráfico.

Finalmente, **en el último tramo de la adolescencia**, entre los 17 y 18 años, el adolescente comenzará a integrar los rasgos más contradictorios de su personalidad. Según Fischer (1980), el individuo se sitúa ahora en el **nivel de los sistemas abstractos**, lo que trae consigo la posibilidad de integrar las abstracciones simples en otras de nivel superior. Por ejemplo, los cambios de humor pueden asumirse ahora en el marco de un carácter irascible o caprichoso, o sencillamente el adolescente puede definirse como una persona ambivalente en muchos aspectos de su personalidad (ver cuadro 1). Por otro lado, al final de la adolescencia el autoconcepto tiende a saturarse de atributos que ya no dependen de la comparación social, por lo que las referencias a cualidades interpersonales (p.ej. habilidades sociales, atractivo físico, popularidad) van dando paso a nuevos atributos basados en criterios más personales, comprometidos con los ideales y valores del propio individuo (p.ej., “me considero una persona solidaria”). Habitualmente, muchos de estos valores están estrechamente relacionados con los valores predominantes en su entorno cercano, en especial de sus padres. Sin embargo, el adolescente los hace tan suyos que es extraño encontrar en sus autoconceptos referencias directas a las fuentes de procedencia. Así, los estudios recogen que la mayoría de los adolescentes hacen suyos los valores familiares aunque no es fácil que se muestren abiertos a reconocerlo. Por ejemplo, un adolescente, aparentemente apático y “pasota” sentirá preocupación y ansiedad ante sus malas notas y ante la perspectiva de no poder estudiar aquello que en realidad le interesa pero nunca reconocerá abiertamente que sus padres tienen razón.

Por tanto, al final de la adolescencia se produce la esperada aceptación de los contrastes de la personalidad, una definición más personal y estable de los rasgos del Yo integrada en una teoría sobre sí mismo que, como indicábamos al inicio del epígrafe, permanecerá de forma bastante estable a lo largo de la vida de la persona.

Por tanto, y en resumen, durante la adolescencia el autoconcepto que se había elaborado al final de la niñez va a sufrir cambios de estructura y de contenidos:

- Desde el *punto de vista estructural*, la capacidad de abstracción permitirá al adolescente inicial relacionar algunas características vinculadas entre sí. Sin embargo, este primer momento del pensamiento formal, con las primeras abstracciones sobre quién es él/ella, no permite detectar incoherencias entre sus diferentes facetas, lo que por otra parte, evita al adolescente el sufrimiento emocional que supondría detectarlas. En una segunda etapa las abstracciones elaboradas en la primera fase se relacionan entre sí, así como algunos rasgos que en principio parecen opuestos. Para comprender mejor esta etapa es necesario tener en cuenta que el adolescente se relaciona cada vez en más contextos sociales, tal y como veremos en este capítulo: familia, amigos, relaciones de pareja, e incluso escuela o trabajo. En cada uno de estos contextos se va a demandar al adolescente un comportamiento y unos valores, que facilitarán la diversificación del autoconcepto. En la tercera etapa de formación del autoconcepto durante la adolescencia, el pensamiento formal ya está plenamente asentado, lo que permite relacionar abstracciones entre sí y jerarquizarlas, de forma que se puede lograr un autoconcepto no sólo múltiple y diversificado, sino también integrado, donde los roles opuestos y los diferentes Yoes no produzcan sentimiento de incongruencia e insatisfacción.

- Desde el *punto de vista del contenido*, tras los rápidos cambios puberales, el aspecto físico va a ocupar un lugar central en el *contenido* del autoconcepto. No es de extrañar, ya que estos cambios físicos se van a convertir en una de las preocupaciones centrales de los chicos, llegando a influir de forma importante en la autoestima como veremos más adelante. Sin embargo, el paso del tiempo con el aumento de la capacidad de abstracción que conlleva y las horas dedicadas a la introspección va a permitir que a partir de la adolescencia media el autoconcepto se imbuya de definiciones relativas al aspecto psicológico y menos visible de los adolescentes: creencias, filosofía de vida, personalidad, etc.

1.2. LA AUTOESTIMA

Como anunciamos, la **autoestima** se define como la evaluación global que hace el individuo de su valía como persona (p.ej. “soy una persona que merece la pena”, “no valgo nada.”). Desde los estudios clásicos se ha venido asumiendo que los factores que mejor predicen la valencia de este juicio son la opinión que los *otros significativos* (padres, profesores, amigos, etc.) tienen sobre uno mismo, y el grado de eficacia o desempeño que uno percibe en los distintos dominios de su vida.

¿Cómo construye el adolescente su autoestima? Willian James fue el principal promotor de la segunda opción. En su modelo, el aprecio por el Yo no depende sólo de los éxitos obtenidos en los distintos dominios, sino de la relación que se establece entre el éxito alcanzado en distintos campos y los niveles de éxito esperados o deseados por la persona. Harter (1985), por su parte, ha reformulado este planteamiento, para incidir en la influencia decisiva del éxito alcanzado en dominios que son especialmente valorados por el sujeto. La autora introduce así una variable

moderadora que pondera la influencia de los distintos dominios en función de cuál sea su relevancia para el sujeto. En consecuencia, una alta competencia en un área muy valorada por el individuo (p.ej. la apariencia física) sería un alto predictor de su autoestima global, mientras que el éxito en un campo poco valorado por él (p.ej. el rendimiento escolar) tendría poco impacto en su autoestima global. A este respecto, se ha comprobado que en el adolescente el aspecto físico y la aceptación del grupo son los dos campos que más se valoran, superando a otros como el comportamiento o la competencia escolar².

Por otro lado, las aportaciones de Cooley o Mead, han incido, si cabe más directamente, en el carácter social de la identidad. De manera general, sus modelos sostienen que la representación del Yo refleja las actitudes y comportamientos que los demás manifiestan hacia uno mismo. Mead también apuntó que existen unos *Otros Significativos* cuya aceptación o rechazo puede tener un efecto especialmente determinante en los juicios sobre el Yo. En base a estas aportaciones, muchos instrumentos orientados a evaluar la autoestima global incluyen medidas sobre la percepción que tienen las personas acerca de la valía que los *otros significativos* (padres, profesores, compañeros, etc...) les atribuyen. En el caso de los adolescentes (en contra de lo que se suele pensar), los estudios revelan que el apoyo y reconocimiento de sus padres continúa siendo un importante sustento para su autoestima (ver figura 1). Si bien, a esta fuente se suman los comentarios y

² El aspecto físico se ha destacado como principal predictor de la autoestima general también en edades más avanzadas.

evaluaciones de los compañeros, cuya opinión y aceptación influirá de manera decisiva en este juicio de valor (ver figura 2). Curiosamente, se ha observado que la opinión de los amigos íntimos no es muy relevante en la autoestima del adolescente. Posiblemente, para muchos adolescentes la función de apoyo incondicional de los amigos es incompatible con un juicio de valor objetivo, lo que relativiza su influencia. Por tanto, podemos decir que, entre los factores que afectan a la autoestima encontramos un contexto familiar afectuoso y cohesionado, con estilo educativo democrático o relación de apego seguro así como relaciones de comunicación y confianza con el grupo de iguales (Parra, Oliva y Sánchez-Queija, 2004).

FIGURA 1. ESTILO EDUCATIVO Y AUTOESTIMA
ADOLESCENTE (PARRA ET AL., 2004)

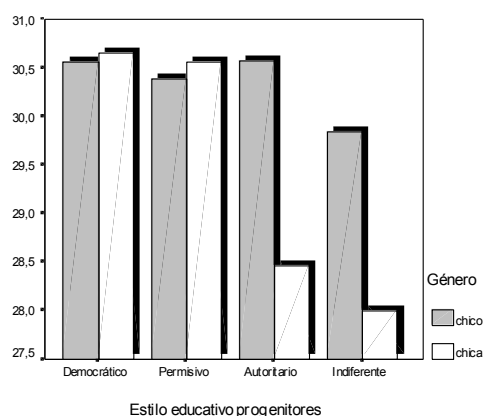
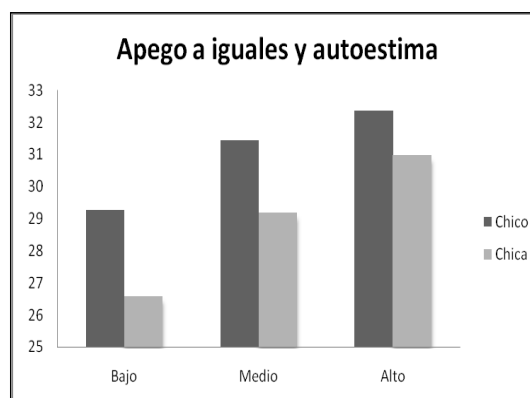


FIGURA 2. APEGO AL GRUPO DE IGUALES Y AUTOESTIMA
(SÁNCHEZ QUEIJA, 2001)



¿Existe un patrón evolutivo en la construcción de la autoestima? Aunque no se puede decir que existan etapas fijas por las que pasen todos los adolescentes (de

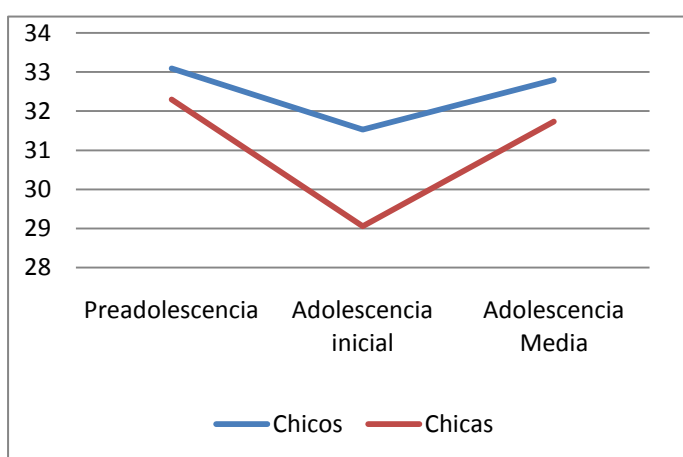
hecho la variabilidad personal es muy acusada), los estudios refieren que la mayoría de los adolescentes muestra una evolución parecida, tal y como se aprecia en la figura 3. El **inicio de la adolescencia** suele coincidir con un descenso de la autoestima: la proliferación de roles y experiencias que acompaña a los adolescentes en estos primeros momentos (p.ej. primeras relaciones románticas, primeras responsabilidades, acceso al instituto, etc.) no suele ir acompañada de un alto desempeño, por lo que es frecuente que la autoestima en su conjunto descienda. Igualmente los cambios físicos que se experimentan al inicio de la adolescencia pueden aumentar la sensación de alejamiento de los cánones e ideales de belleza, especialmente en las chicas (tema 1), lo que disminuye la autoestima general del adolescente.

Por otro lado, en **la adolescencia media** la búsqueda de la identidad hace al adolescente muy vulnerable a la opinión de los demás, circunstancia que resulta especialmente peligrosa en una etapa en que los adultos pueden haber asumido de muy distintas maneras la legitimidad de algunos cambios, y en la que la opinión del grupo pesa más que los comentarios cálidos y cercanos de los amigos íntimos.

En cambio, en **la adolescencia final**, es esperable que la experiencia acumulada en los diferentes roles y una menor dependencia de los criterios externos favorezca una recuperación y estabilización de la autoestima.

Por tanto, los niveles de autoestima que decrecieron al inicio de la adolescencia vuelven a recuperarse al final de la misma según los chicos y las chicas se van adaptando al nuevo cuerpo, a la nueva posición social y abordando las relaciones interpersonales de una forma más madura, al tiempo que sus *otros significativos* también reconocen en el adolescente una persona adulta y no a un niño.

¿Difieren los chicos y las chicas respecto a su autoestima? En lo referente al género encontramos que los chicos suelen tener mejores niveles de autoestima global que las chicas (ver figuras 1, 2 y 3). Sin embargo, estudios que comparan diferentes componentes de la autoestima matizan esta idea, de forma que los chicos tendrán mejor autoestima en las áreas relativas a matemáticas, apariencia física o deportes, y las chicas en las áreas referidas a las competencias verbales y las relaciones interpersonales (Wilgenbush y Merrell, 1999). En cualquier caso, para ambos sexos aunque más en el caso de las chicas, la apariencia física (y el atractivo para el otro sexo) será un tema central en la consecución del nivel de autoestima. Quizás es la importancia del físico, sobre todo en la adolescencia inicial, la que hace que los niveles de autoestima global sean menores en las chicas que en los chicos, ya que los cambios puberales alejan el cuerpo real de las chicas del estereotipo actual de belleza femenina, aunque no faltan autores que apuntan a otras causas: las familias aceptan



mejor la autonomía si la demanda un chico que si lo hace una chica; los profesores atribuyen la disminución de rendimiento académico a falta de motivación en los chicos y a falta de capacidad en las chicas

FIGURA 3. EVOLUCIÓN DE LA AUTOESTIMA CON LA EDAD Y EL GÉNERO (LÓPEZ MAXÍA, 2010)

2. LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD DURANTE LA ADOLESCENCIA

La **identidad** es un constructo tremendamente complejo y difícil de definir porque se refiere, precisamente, a lo que nos hace diferentes o personas únicas, es lo que le da sentido, coherencia y continuidad a nuestra propia existencia aunque cambien las circunstancias concretas de las situaciones. Se trata, por tanto, de una experiencia subjetiva, de la respuesta personal que cada uno da a la pregunta ¿quién soy yo?

Autoconcepto e Identidad son dos términos íntimamente relacionados, pero mientras la identidad es un fenómeno complejo de naturaleza psicosocial el autoconcepto, en cuanto que es la construcción y elaboración del conocimiento de uno mismo, depende en mayor medida de los cambios cognitivos. Generalmente, autoconcepto hace referencia a la definición de sí mismos, mientras que identidad se suele definir como la relación del individuo con la sociedad. Es decir, autoconcepto responde a la pregunta de ¿qué características me definen? e identidad a ¿quién soy yo en esta sociedad? Sin embargo, no es difícil encontrar textos, incluso científicos que utilicen ambos conceptos como sinónimos.

Ya señalábamos en el tema 1 que la construcción de la propia identidad es una de las tareas evolutivas fundamentales de la adolescencia, pero se trata de un proceso de construcción que comienza desde el mismo momento del nacimiento y transcurre a lo largo de la infancia y la adolescencia.

2.1. TEORÍAS SOBRE EL DESARROLLO DE LA IDENTIDAD

A continuación, vamos a analizar los cambios que se producen en la construcción de la identidad durante la adolescencia, a partir de las propuestas de Eric Erikson, James Marcia y Augusto Blasi, y para finalizar este apartado examinaremos cómo se ven los adolescentes a sí mismos.

2.1.1. MODELO DE CAMBIO INDIVIDUAL: LA TEORÍA DE ERIKSON

ILUSTRACIÓN 3. ERIK ERIKSON



Aunque la teoría de Erik Erikson (1902-1994) hace referencia al Ciclo Vital completo de la persona, ha sido su formulación de la etapa adolescente la que más ha calado en los textos sobre psicología evolutiva. Erikson, de formación psicoanalítica, se aparta del psicoanálisis clásico (que centra los cambios en la psique del individuo en la influencia de la relación madre-hijo) para otorgar un papel primordial a la sociedad en el desarrollo del individuo. Erikson considera que lo que permite la evolución del Yo no es la relación con la madre en concreto, sino con la sociedad en general (y con la madre pero como parte de dicha sociedad). En su teoría, el Yo debe evolucionar a lo largo del Ciclo Vital asegurando un comportamiento eficaz de la persona, siendo en todo momento la sociedad quien guía en las elecciones que va efectuando el individuo (Erikson, 1968). Esta sociedad provoca crisis en la persona y paralelamente, establece medios para superar esas crisis. Cada superación supondrá mayor apertura a la sociedad. Erikson propone el desarrollo de la persona en ocho etapas secuenciadas. Cada etapa supone el afrontamiento de una crisis. En el caso de que la crisis sea

resuelta, el Yo saldrá fortalecido e incorporará una nueva cualidad. Cuando la crisis no es superada, irán quedando restos neuróticos en la personalidad del individuo y se dificultará la superación de las nuevas crisis, de forma que será más difícil incorporar nuevas cualidades al Yo de la persona. Por tanto, en cada etapa se establecen dos opuestos: la cualidad a alcanzar y su contraria. Las etapas de Erikson quedan definidas en el cuadro 2.

La etapa de la adolescencia queda definida en su teoría como la búsqueda de la identidad personal. La sociedad necesita que el chico adolescente (y decimos chico porque su teoría hace referencia específicamente a los varones) se forme una identidad: que asuma una serie de compromisos ideológicos, religiosos, vocacionales, etc, con los que enfrentarse al mundo. Para ello, deja toda una **etapa de moratoria** en la que el adolescente puede experimentar sin comprometerse a nada hasta encontrar aquellas cuestiones con las que realmente se siente a gusto y con las que se comprometerá para continuar en la siguiente etapa: el logro de la intimidad. El adolescente que no logra una identidad propia permanecerá en esa búsqueda y experimentación de roles característica de la adolescencia, sin acabar de tener claro quién es él y qué lugar ocupa respecto a la sociedad, o al menos respecto a “su” sociedad, permanecerá en la confusión de roles.

En la siguiente etapa, el joven adulto o adolescente tardío debe encontrar una persona con la que establecer una relación de intimidad. Puede hacerlo puesto que ya ha logrado la identidad, consiguiendo en la etapa de la adultez inicial fusionarse con otro sin perder la propia identidad, sin dejar de ser él mismo. La idea que subyace a la teoría de Erikson es que en caso de una identidad no lograda, la relación de intimidad no es tal, sino que una de las partes de la pareja subsume a la otra que adoptará los

roles y la identidad de la primera. Sólo cuando se sabe quién es uno y quién es respecto a los demás se puede lograr una auténtica relación de intimidad, la fusión con otro sin dejar de ser uno mismo.

En el caso de las chicas, Erikson postuló que las etapas de búsqueda de la identidad y logro de la intimidad no son secuenciales, sino que van en paralelo, ya que las chicas logran establecer la identidad del Yo en base a la relación de cercanía e intimidad con los demás. Una vez más, la psicología **muestra sus carencias**, tratando a la mujer como una desviación de la norma **sin llegar** a estudiar**la** en profundidad ni a conocer**la** bien.

CUADRO 2. ETAPAS DEL DESARROLLO SEGÚN ERIKSON (1980)

Etapa	Descripción	Cualidad Desarrollada
Confianza frente a Desconfianza Básica (0-1 año)	Si hay consistencia en los cuidados que el bebé recibe, adquirirá la expectativa de que aunque las cosas puedan ir mal durante un tiempo, luego mejorarán.	Confianza en los otros
Autonomía frente a Vergüenza y duda (2 – 3 años)	El niño realiza elecciones: retención de heces, comer solo, oposición a los padres, vestirse solo. Debe, sin embargo, compatibilizar su deseo de autonomía con las normas sociales que los padres representan.	Voluntad libertad dentro de los límites impuestos por la sociedad
Iniciativa frente a Culpa (3 – 6 años)	El niño toma la iniciativa para intentar conseguir objetivos personales. Pero no siempre lo conseguirá porque chocará con los deseos o normas de otros. Deberá aprender a procurar metas realizables.	Propósito permite perseguir objetivos significativos
Diligencia frente a Inferioridad (6/7 – 12 años)	El niño debe aprender a manejar herramientas culturales mientras se compara con el grupo de iguales, con los que debe aprender a trabajar y jugar.	Competencia capacidad para utilizar las herramientas culturales
Identidad frente a Confusión de Roles (adolescencia)	El adolescente se enfrenta a cambios físicos y nuevas demandas sociales que le harán dudar de su identidad, de saber quién es él. Deberá comprometerse a nivel ideológico, profesional y personal.	Fidelidad, lealtad
Intimidad frente a aislamiento (adulto joven)	La persona debe arriesgar su identidad para lograr el vínculo de intimidad con otra persona, la fusión de identidades pero manteniendo la propia identidad.	Capacidad de amar
Generatividad frente a Estancamiento (adulto medio)	Más allá de la identidad y la intimidad, la persona debe comprometerse con los otros, con su trabajo, con los hijos, consiguiendo productividad y satisfacción elevadas.	Productividad cuidado
Integridad del Yo Vs Desesperanza (adulto viejo)	La persona debe estar de acuerdo con las decisiones vitales adoptadas, considerando la propia vida como un todo significativo.	Sabiduría

2.1.2. LOS ESTATUS DE IDENTIDAD: JAMES MARCIA

Desde que Erikson estableciera el logro de la identidad como la tarea fundamental que deben resolver los adolescentes y el estado de moratoria como la definición natural de la adolescencia, numerosos teóricos se dedicaron al estudio de este aspecto. James Marcia, a partir del estudio sistemático mediante encuestas, sugirió cuatro estatus de identidad que surgen de la combinación de dos dimensiones: por una parte el haber o no atravesado por una **crisis de identidad** entendida como momento de búsqueda y criba de diferentes alternativas, y por otra el haber adoptado **compromisos** vocacionales, ideológicos o personales (ver cuadro 3).

Existe una secuencia habitual para pasar por estas etapas, sin que sea la que necesariamente haya que seguir. Lo más frecuente es que al inicio de la adolescencia el chico o la chica se sitúe en el estatus de **difusión de la identidad**, donde ni ha adoptado compromisos ni está explorando las alternativas que se le plantean. El niño tardío o adolescente inicial no tiene una identidad propia, ni interés o necesidad de tenerla, por lo que tampoco la busca; Posteriormente se transita a la etapa de **moratoria**, donde el adolescente busca, explora, prueba diferentes opciones o alternativas sin llegar a tomar decisiones sobre cuál es la correcta para él, el chico o la chica están en plena crisis de identidad, preguntándose con frecuencia ¿quién soy yo exactamente? Durante etapa, que es la más característica de la adolescencia, chicos y chicas adolescentes están perdidos, algo ofuscados, lo que repercute en su autoestima e incluso en su comportamiento: es más fácil que adopten conductas de riesgo los adolescentes que transitan por la moratoria; finalmente, se **logrará la identidad** estatus en el que tras el proceso de búsqueda y prueba de diferentes opciones el adolescente se compromete con aquellas alternativas que le hayan resultado mejores.

Chicos y chicas que han llegado a la identidad de logro tienen buena autoestima y satisfacción vital, bajas conductas de riesgo, puntúan bajo en depresión y ansiedad. Son, en definitiva, jóvenes adultos ajustados.

Sin embargo, existen otros posibles tránsitos por estas etapas. Así, alguien puede no pasar la etapa de crisis o moratoria y adoptar compromisos personales posiblemente sugeridos por otros adultos, esta persona tendría una **identidad hipotecada**. Los chicos y chicas que tienen una identidad hipotecada puntúan también alto en ajuste, pero menos que quienes tienen una identidad de logro.

CUADRO 3. ESTATUS DE IDENTIDAD (J. MARCIA, 1966)

		CRISIS	
		SÍ	NO
COMPROMISO	SÍ	LOGRO IDENTIDAD	IDENTIDAD HIPOTECADA
	NO	MORATORIA	IDENTIDAD DIFUSA

En cualquier caso, la búsqueda de la identidad también puede ser un camino de ida y vuelta. Por ejemplo, un chico que trabaja en la construcción porque sus padres y abuelos lo hicieron sin plantearse qué es lo que quiere realmente ni probar o plantearse otras opciones (identidad hipotecada) puede entrar en crisis (moratoria) y lograr su propia identidad más tardíamente. Esto no implica que para la construcción de la identidad sea necesario un cambio de trabajo o que el adolescente lleve sistemáticamente la contraria a sus padres (tanto en ideología como en las aspiraciones de futuro), sino que la decisión final y el camino a seguir surge de la

convicción de que es lo que quiere hacer después de haber analizado diferentes opciones. De hecho, tal y como veremos en el siguiente tema, es habitual que los adolescentes coincidan con sus padres en sus pensamientos ideológicos o que les pidan opinión para saber qué hacer y cómo afrontar el futuro.

2.2. LOS MODOS DE IDENTIDAD: AUGUSTO BLASI

Augusto Blasi (1995, 2005), a partir de los resultados obtenidos en diversas investigaciones empíricas acerca de cómo construye el adolescente su propia identidad, propone que durante la adolescencia -y en el camino hacia la edad adulta- aparecen tres *modos de identidad* diferentes, entre los que existen nexos evolutivos. Los modos más complejos aparecen sólo en las edades más tardías, aunque los modos más tempranos de identidad puedan caracterizar a algunos sujetos que se encuentran en la edad adulta.

En el **inicio de la adolescencia** (11, 12 y 13 años), para este autor, no existe un genuino sentido de la identidad, por ello habría que hablar de una fase de preidentidad, que él denomina el **Modo de Identidad de Rol Social**. Este modo, o forma de identidad se caracteriza porque los chicos de esta edad no son capaces de definirse en función de sus rasgos más esenciales o nucleares, sienten que todas sus características físicas, sus comportamientos típicos, sus roles sociales y familiares son igualmente importantes. No se muestran interesados en su propio Yo, porque aún no le encuentran sentido a reflexionar sobre sí mismos, lo que realmente les importa a esta edad son las respuestas sociales, positivas o negativas, que sus características personales provocan en los demás. En palabras de Blasi (2005, p.28): *“Es como si para ellos la personalidad fuera plana, en una sola dimensión de concreción y externalidad”*.

Así pues, en los inicios de la adolescencia, los chicos y las chicas tienen un sentido de sí mismos que parece estar centrado en su cuerpo, en las relaciones sociales y en sus comportamientos, pero carecen aún de una construcción interna que puedan experimentar como su propio y verdadero yo, sobre el que puedan reflexionar y que les genere experiencias emocionales propias.

Algún tiempo después, durante la **adolescencia media** se producen cambios drásticos respecto a cómo los adolescentes perciben y experimentan su Yo. Se pasa de una falta de interés por uno mismo a dedicar enormes energías a reflexionar sobre el propio yo y sobre cuáles son sus rasgos esenciales. Es decir, se pasa de una vida muy volcada al exterior y preocupada por las respuestas u opiniones de los demás, para gustarles y poder satisfacer esas demandas; a una vida mucho más íntima o privada en la que prima la lealtad y sinceridad con uno mismo. La forma de identidad que caracteriza a las relaciones que los chicos de la adolescencia media tienen consigo mismo es denominada por Blasi el **Modo de Identidad Observada**.

Durante esos años, los adolescentes diferencian con bastante claridad entre lo que son sus comportamientos o acciones externas que, en muchas ocasiones, suelen ser adaptaciones obligadas a ciertas demandas sociales y, por lo tanto, son superficiales y falsas; y lo que es su verdadero yo interno (que está constituido por emociones, sentimientos y pensamientos que de manera “natural” se han ido forjando, y que se experimentan vívidamente como lo esencial de uno mismo). En esa distinción radica uno de los grandes problemas a los que se enfrentan los adolescentes en estas edades, que antes no se planteaban, el de ser consecuentes y sinceros en la representación externa de su verdadero yo. La sinceridad o lealtad con uno mismo se convierte en uno de los máximos valores a esta edad, pero a la vez el adolescente

quiere y necesita ser aceptado por su grupo lo que en numerosas ocasiones conlleva sentimientos de traición hacia uno mismo. Otra de las características que se observan en las formas de relación que tienen los chicos adolescentes consigo mismos, a estas edades, es el malestar que les genera el descubrir que pueden experimentar emociones negativas (envidia, odio...) en determinadas situaciones, y el rechazo o repudio que sienten al reconocerlas como partes integrantes de su yo. En esta etapa, el adolescente no puede, aún, manejar ese tipo de contradicciones respecto a su propia identidad, para que eso ocurra será necesario llegar a un modo distinto de relacionarse con uno mismo, el **Modo de Manejo de la Identidad** que caracteriza a los últimos años de la adolescencia y a la vida adulta.

En esta fase, la identidad no se contempla como algo que viene dado de manera natural y que está acabado sino que, de alguna forma, puede ser manejada y actualizada en nuestras actividades y relaciones cotidianas. La forma de experimentar la propia identidad también varía, pues no se queda en el mero reconocimiento de “yo soy así” sino que el sujeto establece una relación de compromiso con los valores que considera esenciales y en función de ellos traza sus metas u objetivos. La identidad, en esta fase, se constituye en una especie de guía para asumir compromisos y responsabilidades y para actuar en la vida. Pero este tipo de identidad no es alcanzada ni por todos los adolescentes ni por todos los adultos, según los datos de Blasi, llegan a ella un tercio de los adolescentes de 18 años y dos tercios de los adultos.

2.3. ¿CÓMO SE VEN LOS ADOLESCENTES A SÍ MISMOS?

La respuesta a esta pregunta depende, como sucede en la mayoría de los casos, del tipo y características de los estudios consultados. En el Informe *2004 Juventud en*

España, por ejemplo, se dice que los jóvenes españoles “afirman que son más felices que los adultos y cuando los comparamos con nuestros vecinos europeos indican índices de felicidad superiores a la media” (p.483). En el cuadro 4 se presentan la causas de la felicidad y, como puede apreciarse, lo que hace más felices a los jóvenes son las relaciones personales.

CUADRO 4. MOTIVOS DE FELICIDAD (ADAPTADO DE INJUVE, 2004)

Motivo de felicidad	Porcentaje
Relaciones personales	44%
Estado personal (salud, autoimagen, aceptación...)	15%
Ocupación profesional	9%
Diversión	8%
Bienes materiales	8%
Todo	15%
Nada	1%
Otros	3%
N	5.014

Sin embargo, esos datos producen cierta disonancia cuando se comparan con los aportados por Elzo (2005). En su estudio, las atribuciones negativas que hacen de sí mismos los adolescentes españoles (consumistas, sólo importa el presente, egoístas, poco sentido de la responsabilidad y del sacrificio...) superan a las positivas (maduros, generosos, tolerantes, trabajadores, solidarios...). Para este autor, la explicación a la discordancia entre los datos de los dos estudios se encuentra en la metodología

utilizada. En el primer caso se han empleado escalas muy elementales y primarias para conocer las opiniones de los adolescentes, pues sencillamente se les preguntaba cómo de contentos estaban con su vida, a lo que tenían que responder con las siguientes categorías: muy, bastante, poco, nada contento. Mientras que en el segundo tipo de estudios se les pedía que se valorasen cualitativamente en una escala que disponía del mismo número de ítems positivos que negativos. Así pues, cuando se utilizan instrumentos de medida sensibles lo que aparece respecto a la valoración que hacen los propios adolescentes actuales de sí mismos es bastante descorazonador, pues se valoran en términos muy negativos. Sin embargo, es posible una interpretación alternativa: que no se trate de datos contradictorios o discordantes y que sea posible que los adolescentes se autodefinan con conceptos negativos al mismo tiempo que digan sentirse felices. Desde esa interpretación estaríamos ante datos preocupantes puesto que parecería que los adolescentes se identifican con valores negativos (consumistas, sin sentido de la responsabilidad, etc.) pero haciendo una valoración de sí mismos positiva. ¿Cómo es esto posible? Como se ha señalado al inicio de este tema, la autoestima es el componente evaluativo del autoconcepto, es la valoración que hacemos de nosotros mismos al comparar las características que nos definen con aquellas que desearíamos tener (cómo somos y cómo nos gustaría ser). Y precisamente son los estándares sociales y culturales los que marcan lo que debería ser deseable. Si los adolescentes se sienten felices a pesar de autodefinirse con rasgos negativos, y no experimentan una autoestima baja podría pensarse que es porque se ajustan a las expectativas que la sociedad actual tiene sobre ellos. Y esto debería hacernos reflexionar. En palabras de Jose Antonio Marina (2005, p.106):

Nuestros adolescentes nacen –y son determinados- por una sociedad: individualista, tutelada, hedónica, con muchas posibilidades, competitiva, consumista, desilusionada, liberada, heterogénea, con problemas de identidad. Tenemos pues la adolescencia que nos corresponde: individualista, tutelada, hedónica, con muchas posibilidades, competitiva, consumista, desilusionada, liberada, heterogénea, con problemas de identidad. Hasta aquí todo es normal. Lo anormal es que esa creación nuestra no nos gusta.

REFERENCIAS

- Atienza, F. L., Balaguer, I. y Moreno, Y. (2002). El perfil de autopercepciones para niños: Análisis de la validez factorial y la fiabilidad en la versión castellana. *Psicothema*, 14, 659-664.
- Blasi, A. (2005). La construcción de la identidad durante la adolescencia. En *Libro de Ponencias del Congreso Ser Adolescente Hoy*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales y Fundación de Ayuda contra la Drogadicción.
- Blasi, A. (2005). La construcción de la identidad durante la adolescencia. En *Libro de Ponencias del Congreso Ser Adolescente Hoy*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales y Fundación de Ayuda contra la Drogadicción.
- Blasi, A. y Glodis, K. (1995). The development of identity. A critical analysis from the perspective of the self as subject. *Developmental Review*, 15; 403-433.
- Blasi, A. y Glodis, K. (1995). The development of identity. A critical analysis from the perspective of the self as subject. *Developmental Review*, 15; 403-433.
- Elkind, D. (1967) Egocentrism in adolescence. *Child Development*, 38, 1025-1034.
- Elzo, J. (2005). El grito de los adolescentes. En *Libro de Ponencias del Congreso Ser Adolescente Hoy*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales y Fundación de Ayuda contra la Drogadicción.
- Elzo, J. (2005). El grito de los adolescentes. En *Libro de Ponencias del Congreso Ser Adolescente Hoy*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales y Fundación de Ayuda contra la Drogadicción.

- Erikson, E. (1968). *Identity, youth and crisis*. Nueva York: Norton (Ed. Castellano: Identidad, juventud y crisis. Madrid: Taurus, 1980).
- Erikson, E. (1980). *Identity and the life cycle*. Nueva York: Norton.
- Fischer, K.W. (1980). A theory of cognitive development: The control and construction of hierarchies of skills. *Psychological Review*, 87, 477-531.
- Harter, S. (1985). *Manual for the Self-Perception Profile for Children*. University of Denver.
- Harter, S. (1990). Issues in the assessment of the self-concept of children and adolescents. En A.M. Greca (Ed.), *Through the eyes of the child: Obtaining self-reports from children and adolescents* (pp. 292-325). Boston: Allyn & Bacon.
- Harter, S. (2006). The self. En W. Damon, R. M. Lerner., y N. Eisenberg (Eds.), *Handbook of child psychology: Vol. 3. Social, emotional, and personality development* (pp. 505–570). New York: Wiley
- Harter, S., Bresnick, S., Bouchev, H.A., y Whitesell, N.R. (1997). The development of multiple role-related selves during adolescence. *Development and Psychopathology*, 9(4), 835-853.
- Harter, S., y Monsour, A. (1992). Developmental analysis of conflict caused by opposing attributes in the adolescent self-portrait. *Developmental Psychology*, 28, 251-260.
- López Maxía, E. (2010). *Evolución del Autoconcepto y la Autoestima durante la adolescencia: diferencias de edad y sexo. Relación con los estilos educativos*. Trabajo Fin de Máster de Investigación UNED.

- Marina, J.A. (2005). La adolescencia como producto diseñado por el mundo adulto. En *Libro de Ponencias del Congreso Ser Adolescente Hoy*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales y Fundación de Ayuda contra la Drogadicción.
- Marina, J.A. (2005). La adolescencia como producto diseñado por el mundo adulto. En *Libro de Ponencias del Congreso Ser Adolescente Hoy*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales y Fundación de Ayuda contra la Drogadicción.
- opposing attributes in the adolescent self-portrait. *Developmental Psychology*, 28, 251-260.
- Palacios, J. (1999). Desarrollo del yo. En I. Etxebarría, M.J. Fuentes, F. López y M. J. Ortíz (Coords), *Desarrollo afectivo y social*. Madrid: Pirámides.
- Parra, A., Oliva, A., Sánchez-Queija, I. (2004). Evolución y determinantes de la autoestima durante la adolescencia. *Anuario de Psicología*, 35, 331-346.
- Sánchez Queija, I (2001). Relaciones afectivas con los iguales y conformidad ante la presión del grupo durante la adolescencia. Trabajo de investigación para la obtención de la suficiencia investigadora. U. Sevilla.
- Sierra, P. y Brioso, A. (2006). *Psicología del Desarrollo*. Madrid: Sanz y Torres.
- VVAA (2005). *Informe Juventud en España 2004*. Madrid: INJUVE.
- Wilgenbush, T. y Merrel, K. W. (1999). Gender differences in self-concept among children and adolescents: a meta-analysis of multidimensional studies. *School Psychology Quarterly*, 14, 101-120
- Woodruff, D. S. (1983). The role of memory in personality continuity: a 25 year follow-up. *Experimental Aging Research*, 9, 31-34